

consolidación de un poderoso partido peronista, es capaz de imponer con su presencia, la aceptación de sus candidatos en 1967 o, en el peor de los casos, negociar con el régimen de Arturo Illia y las Fuerzas Armadas las condiciones de la concurrencia.

"El golpe de Estado no es un resorte del peronismo, está en la génesis del antiperonismo, es algo que nosotros no podemos modificar", respondió finalmente un vocero del gobierno peronista. Para ellos, el estallido de un golpe de Estado señalaría el definitivo encauzamiento del peronismo en la vía subversiva.

A fines de septiembre, el Senado aprobó con el voto contrario del justicialismo, el proyecto que el Poder Ejecutivo envió a principios de agosto, y por el cual se amplía la cuota de participación argentina en el Fondo Monetario Internacional, de 280 a 350 millones de dólares, de acuerdo con una resolución del Consejo de Gobernadores del FMI reunido en Tokio en 1964. La iniciativa esperaba ahora el tratamiento en la Cámara de Diputados.

Un día más tarde, Bassi y su colega Acuña (los dos con mandato hasta 1972) renunciaban al bloque oficialista que les había rechazado una propuesta de ruptura con el FMI (la afiliación argentina databa de 1956) con el Banco Internacional de Reconstrucción y omento y con la Corporación internacional Financiera, filial del Banco, que otorga préstamos a la actividad privada y ha financiado obras industriales en el país.

El secretario de Hacienda convertido en intérprete del pensamiento de otros integrantes del equipo económico, expresó a Bassi su desagrado por el proyecto de ruptura, precisamente "en momentos en que el ministro Pugliese está en Washington haciendo buena letra ante el FMI para conseguir 30 millones de dólares".

De todos modos, el aumento de la cuota del FMI no era el primer tema que producía fricciones en el partido radical y acusaciones de violar doctrina y principios. Fue, sí, el primer caso en que el lirismo y la memoria no encontraron eco.

En realidad el planteo ético de Bassi y Acuña comenzó una semana después de las elecciones del 14 de marzo de 1965. Acuña, en un reportaje por Radio Rivadavia, lanzó la idea de un frente con el peronismo, impulsado por el cumplimiento del programa partidario y reclamó la exclusión de relaciones con el Fondo Monetario Internacional.

A fines de julio, en una comida en la quinta de Angel Bracerías Haedo, en Vicente López, Bassi declaró: "Gobernamos nominalmente: no tenemos la ejecutividad del poder, no se puede estar bajo el hechizo del FMI, los préstamos y refinanciaciones".

EL VIAJE DE ISABEL PERÓN

El viaje que Isabel Perón se aprestaba a iniciaren Madrid, no solo provocó algunas perturbaciones en el gobierno, sino también en el seno del peronismo, que no encontraba un camino apto para interpretar a todos los grupos internos. Perón pretendía precisamente esto, sumar todos los grupos internos lo cual significaba ampliar la conducción hasta un límite en que la autoridad de "Los Cinco" dejaba de ser decisiva e impedía las negociaciones con los factores de poder para decidir la integración del peronismo en las gobernaciones en 1967.

El ingeniero Iturbe proclamó la lista de los integrantes del nuevo organismo que llamó, ahora. Junta Coordinadora Nacional. Ellos eran Manuel Bianchi y Rodolfo Tecera Martínez, de Unión Popular, Paulino Niembro y Mariano Fernández, titulares de los bloques parlamentarios nacionales; Miguel Gazzera y Amado Olmos, que representan a las 62 Organizaciones; Carlos Juárez, Fernando Riera, Elías Sapag, Alberto Serú García, Heliberto Tachella, Domingo Flores y Enrique Rísoli Román, caudillos de los más importantes partidos neoperonistas; Raúl Lucero, Alfonso Carlos Márquez, Antonio Cafiero, Zulma Vallejos, delegados del aún no reconocido

Perón pretendía precisamente esto, sumar todos los grupos internos lo cual significaba ampliar la conducción hasta un límite en que la autoridad de "Los Cinco" dejaba de ser decisiva e impedía las negociaciones con los factores de poder para decidir la integración del peronismo en las gobernaciones en 1967.

Partido Justicialista (su personería fue apelada por el agente fiscal en enero de ese año); Framini, Lascano, Parodi, Vandor y el propio Iturbe. En total veintidós miembros para evitar las acusaciones de discrecionalismo, cuidarán las formas hasta el punto de no designar un presidente, como en la legendaria Mesa Redonda, cada cual ocupará la cabecera en forma rotativa.

No podía ocultarse que una de las primeras disposiciones de la Junta -la que crea una comisión para reanudar los estudios destinados a promover la formación de un poderoso Partido Peronista- cumple con un axioma básico del peronismo: la búsqueda del triunfo por la vía electoral. En realidad, concurren al comando cuatro corrientes básicas; el sector sindical, estructura humana y económica imprescindible para toda acción política, la armazón del Partido Justicialista organizado en 1964, la sigla Unión Popular, que asegura la concurrencia aún si los núcleos peronistas resultan proscriptos, y el neoperonismo, de raigambre provinciana. El insurgente sector del Movimiento Revolucionario Peronista no figuraba en la Junta Coordinadora.

Los quince integrantes del Secretariado Nacional del Partido Justicialista escucharon junto a los Cinco Grandes, la lectura del documento que Juan Perón hizo llegar mediante los siete dirigentes que se habían comunicado con él en Madrid.

El documento establecía el apoyo a la doctrina de Juan XXIII y a la Tercera Posición de Charles de Gaulle. "Debemos unirnos a los pueblos que luchan por su liberación. La muerte de Kennedy señala la decadencia del imperialismo yanqui como la de César, indicó, la del imperialismo romano", marca otra frase. También repudiaba las recientes declaraciones de Juan C. Onganía e indicaba la necesidad de bregar por una Asamblea Constituyente que revise las estructuras caducas del país. En seguida, sugiere la articulación de un comando con Los Cinco, el sindicalismo y los siete núcleos importantes del neoperonismo.

Los intensos rumores sobre presuntas conspiraciones militares para derribar al gobierno cedieron paso en los ambientes gremiales, a realidades más contundentes: la mayor de ellas es de índole financiera. En la Confederación General del Trabajo tornó a insistirse en que los recursos se agotarán antes de lo calculado. Fuentes allegadas a la secretaría general revelaron que un empresario de plaza facilitó 10 millones de pesos a la CGT, a cambio de bonos de cancelación de la deuda pública que la central obrera recibió en pago de alquileres que le debía el Estado por el edificio de Rivadavia y Paraná.

Las autoridades estimaron que esa inyección de dinero alcanzaría para llegar hasta fin de año sin demasiada angustias; no obstante, nuevas previsiones dicen que esa suma no durará el tiempo proyectado. Al mismo tiempo, la Unión Obrera Metalúrgica y Luz y Fuerza, los gremios que más habían contribuido a cubrir los gastos de la CGT presionaban sobre el CD de la CGT. El argumento era muy simple, otros sindicatos estaban en condiciones de pagar sus cuotas.

El segundo tema que preocupaba a la CGT se refiere a los proyectos de leyes sobre Contratos de Trabajo y creación del Fondo de Desempleo, presentados por la bancada Radical del Pueblo en la Cámara de Diputados. Los dos tienen preferencia para ser considerados en forma inmediata y ningún representante parlamentario del justicialismo se avino a opinar sobre las iniciativas o a adelantar la posición que adoptarían en el Congreso.

La UCRP que promovió los proyectos con asesoramiento del Ministerio de Trabajo y líderes del núcleo llamado independiente de la CGT, está dispuesta a sacar el mayor provecho político de la partida. Especialmente, quizá, la del subsidio por desempleo, una iniciativa que se resume en estos puntos:

- El subsidio será abonado durante un plazo máximo de seis meses; pasado un año, podrá ser vuelto a percibir por el desocupado.

■ Será igual al salario mínimo, vital y móvil, con el aditamento de las asignaciones familiares, si hubiera derecho a recibirlas.

■ Será pagado por medio del Fondo Compensador del Subsidio de Desempleo, que se formará con un aporte mensual obligatorio de todos los empleadores, equivalente al 3% de las remuneraciones obradas al personal. ¿Adoptará la CGT la misma actitud crítica que con respecto a las reformas al régimen provisional propuestas por el PE al Congreso?

La comida ofrecida al general (RE) Benjamín Menéndez pudo prestarse a especulaciones temerosas. Porque muchos nombres se repitieron y muchos rostros volvieron a sonreírse por encima de las mesas tendidas. Quizás el más curioso reencuentro fue el de Menéndez con el general Alejandro "Cano" Lanusse, directo colaborador del comandante en jefe del Ejército. En abril de 1963, Menéndez asumió la responsabilidad de la sedición colorada que intentó su postrer golpe para desplazar a los cuadros azules de la conducción del arma. Pero si ese episodio podía distanciar a los dos oficiales, otra conspiración los reunía; aquella que se evocaba precisamente. Porque Lanusse fue revolucionario en 1951 junto a Menéndez.

También asistió al banquete el general Federico Toranzo Montero, enemigo de Lanusse durante el frustrado levantamiento de 1963, y del general Julio Alsogaray, a quien le tocó sentarse a la izquierda de Menéndez.

Al promediar la cena llegó hasta Menéndez un saludo del presidente de la República, lo traía su edecán de Ejército. Pero otros dos oficiales estaban marcando desde antes la presencia de la Casa Rosada; el secretario de la SIDE, brigadier Medardo Gallardo Valdés, amigo del ministro del Interior; y el general Manuel Soria, jefe de la Casa Militar. Además, entre los 305 comensales abundaron los conocidos del doctor Illia y de otras altas autoridades del gobierno, relaciones forjadas en épocas en que buena parte de la UCRP gustaba conspirar. Si debía buscarse entre los presentes un punto común, sólo uno podría encontrarse: todos eran antiperonistas.

La concurrencia de los oficiales en actividad a esta demostración era explicada, en la secretaría de Guerra, como una manera de demostrar la posición antiperonista de las Fuerzas Armadas y la cohesión interna de sus filas, especialmente luego de la fracasada sesión especial de homenaje a la Revolución de 1955, en la Cámara de Diputados. Cada día que pasaba eran más visibles los signos de hasta dónde se estaban estrechando filas para cerrarle al paso al peronismo; Atrás quedaban muchos episodios, incluso los enfrentamientos armados del '62 y '63.

La renuncia del secretario de Guerra -y sus entre telones- y la llegada a Buenos Aires de María Estela Martínez de Perón instalaba un polvorín en las calles de la ciudad. El ministro del Interior y el de Defensa conferenciaron con los jefes de la Policía Federal y de Buenos Aires, el secretario de la SIDE y el ministro de Gobierno bonaerense. La proximidad del acto del 17 de octubre era una espada de Damocles, qué hacer, ¿prohibirlo?

Los mandos militares que guardaron sus prevenciones y juicios entre las paredes de oficinas y casinos, quebraron esa barrera cuando nuevos desmanes y tiroteos tornaron a enfrentar a peronistas y antiperonistas, con una efervescencia que muchos observadores relacionaron con la de hace dos décadas. El mismo jueves, el edecán militar de Arturo Illia, teniente coronel Juan E. Sánchez de Bustamante, pedía al presidente su relevo como respuesta a "la actitud contemplativa" del PE hacia el justicialismo.

Los periodistas descubrieron a Sánchez de Bustamante a la madrugada de ese día, frente a uno de los transitorios alojamientos de la esposa de Perón. "El señor Perón no volverá, porque si lo hubiese querido le hubiera bastado tomar un taxi y presentarse en la embajada argentina. Las fuerzas que lo derrocaron no permitirán su regreso". Isabel Perón se alojó en el hotel que la Federación de Luz y Fuerza posee en Callao al 1700. Desde cuanto balcón estaba "a tiro" se arrojaron proyectiles contra el hotel. La policía se limitaba a reprimir los intentos de los militantes lucifercistas que pretendían defenderse de las agresiones de que eran objeto, mientras Sánchez

de Bustamante en persona, arengaba a "sus muchachos a continuar apedreando el hotel" y exigía de la policía "protección".

El panorama se complicaba con un choque entre el ministro Palmero y el jefe de la Casa Militar, general Manuel Soria. Soria objetó el uso del circuito radioeléctrico nacional para convocar a los diputados a sesión: es que debía tratarse una moción del bloque peronista para que la Cámara rindiera homenaje al 17 de octubre. Por falta de quórum, la reunión quedó levantada: pero en esos momentos de la tarde, como poco antes, a mediodía, la sala baja fue escenario una vez más de rípidas polémicas verbales entre los diputados justicialistas y los núcleos opuestos.

Pero si no era fácil contener a los sectores antiperonistas de la UCRP, más arduo resultaba suavizar el desasosiego militar en aumento.

Los radiogramas cruzaron el país: tampoco los cuadros castrenses hallaban todas las explicaciones debidas a sus unidades. El fantasma del golpe de Estado se insinuaba una vez más: días antes, en Santiago de Chile, el diputado Luis A. León, de la UCRP, se exaltaba para proclamar que "cualquier intento militar o civil para dar un golpe de Estado en la Argentina será aplastado por el pueblo". A fines de la semana, en medios radicales se brindaba una interpretación del tácito permiso otorgado por el PE a la entrada de Isabel Martínez: "Nos conviene -aclaraban- por posibles negociaciones: si las cosas empeoran y es necesario obligarla a salir del país, nos queda el pretexto de que el peronismo es subversivo y conviene proscribirlo. Y aún sin proscribirlo, después de los disturbios, ¿qué antiperonista nos negará el voto?"

La presencia de Isabel de Perón en Buenos Aires marcaba entre muchos factores, que en el seno del peronismo las divergencias crecían y se hacía cada vez más difícil conducir a un movimiento tan heterogéneo. José Alonso, el secretario de la CGT, sostuvo ante el periodismo: "Yo sólo me enteré de la llegada de la señora al mediodía de ayer", confirmando la total desconexión del gremialismo con el viaje de la esposa de Perón.

"Yo vengo a abrir la ventana, para que entre el aire de la juventud", metaforizó Isabel ante uno de sus visitantes: lo cual aparecía como una sugerencia para renovar la conducción de la Junta.

Para cohesionar sus filas, la Junta confió a Antonio Cafiero, Nélide de Miguel y Miguel Unamuno, la organización del acto de Parque de los Patricios; con ellos y con Nélide Carreiro y Dámaso Sierra se aderezó una previa reunión de activistas e Isabel recibía cordialmente a Augusto Vandor, Gerónimo Izzeta y Delia Parodi, culminando todo un acto en el que la Junta recibió a Isabel Perón. Isabel presidió la reunión y la coronó diciendo: "Yo no deseo pasar sobre las autoridades del movimiento".

Veinticuatro horas más tarde, Isabel visitó las 62 Organizaciones. "Pero yo vengo a traer la paz", insistió Isabel. "Espero que no obstaculicen mi misión: viajaré por todo el país". Todos asintieron y dispusieron que Izzeta y Ramón Elorza la acompañasen en la gira. Pareció evidente que si los servicios del gobierno dejaron pasar a Isabel Perón es porque suponían que llegaba para dividir al peronismo: una hipótesis ideal para cimentar el triunfo de la UCRP en los comicios de 1967.

Cuando la empresa del Alvear Palace intimó el desalojo de Isabel, se trasladó a Luz y Fuerza. La gira de Isabel por el interior duraría tres meses.

El ministro del Interior comunicó que se estaba evaluando la situación provocada por el arribo de Isabel, pero confirmó las garantías para el acto público que los peronistas habían programado en el Parque de los Patricios. Sin embargo, debió retroceder y dio instrucciones a la Policía Federal para que anuncie la suspensión de la reunión. "Se ha dado satisfacción a los agresores y no a los agredidos", comentó, airado, el doctor Enrique V. Rocca, apoderado de Unión Popular.

Los piquetes de la Guardia de Infantería desalojaron y rodearon totalmente el parque: en los puentes que conducen a la Capital discriminaban el ingreso de los vehículos.

Isabel visitó las 62 Organizaciones. "Pero yo vengo a traer la paz", insistió Isabel. "Espero que no obstaculicen mi misión: viajaré por todo el país".

Hacia el mediodía, al barrio fabril de Patricios comenzó a volcarse en la calle, miles de jóvenes peronistas marcharon hacia el parque desde distintos focos que tenían como epicentro la Unión Obrera Metalúrgica, en Rioja 1945; repelidos por los jinetes, los gases y los chorros de agua policiales. Iniciaron la resistencia desde barricadas improvisadas en distintos puntos. Cuando los uniformados lograron desplazarlos, buscaban albergue en las casas de los también enardecidos vecinos; pasado el peligro, iniciaban el ataque desde otra esquina. En la barricada de Brasil y Loca, a las 19, un líder juvenil computó tres heridos para su bando. Los disturbios se extendieron hasta el Congreso, donde los rebeldes jaquearon a la policía, con sus típicos movimientos de vaivén.

Los disturbios del domingo 17 sirvieron para bautizar a la nueva Junta Coordinadora Peronista. Demostraron que aún poseían la correa de transmisión hacia las bases.

Perón había logrado sus objetivos: su imagen seguía proyectándose sobre la política nacional con trazos cada vez más firmes que los anteriores a la llegada de su esposa.

OTRO MILITAR QUE SE VA

Por segunda vez, el presidente Illia perdía un secretario militar. El general Ignacio Avalos sucedió al comodoro Martín Cairó que tuvo que alejarse porque fracasó en su intento de destituir al comandante en jefe de la Aeronáutica, brigadier Conrado Armanini. El gobierno no pudo tolerar esa maniobra: dos meses atrás había logrado desprenderse del comandante naval, contraalmirante Eladio Vázquez, y una reiteración del procedimiento era francamente peligrosa. También Avalos pidió la remoción del comandante en jefe del Ejército, sin embargo, dadas las circunstancias, fue más un gesto retórico que una solicitud atendible. El mismo ex-secretario se apresuró a desmentir la noticia en dos oportunidades, aunque mientras cenaba con Illia y Suárez en Olivos, se exaltó: "¿Cuándo van a relevarlo a Onganía? ¿Cuándo sea demasiado tarde?" El presidente prefirió cambiar de tema.

El coronel retirado Federico Gentiluomo entregó al teniente coronel Hugo Samo, un trozo de algarrobo junto al cual -según la tradición- acampó Manuel Belgrano en la ciudad de Trancas, al norte de Tucumán. El 1° de octubre, Samo comenzó a cumplir un arresto de diez días; poco después el Comando en Jefe lo relevaba y sustituía por el teniente coronel Horacio Ballesta. "Los jefes de Regimiento tienen prohibido recibir donaciones", se dijo en cercanías de Onganía, pero otro motivo había conspirado contra Samo: Gentiluomo es un peronista declarado.

Según Gentiluomo, no sabía qué hacer con la reliquia que aceptó Samo y que a él le obsequiaron en 1949: "Mi departamento es chico y mis nietos la utilizaban para jugar. Entonces me enteré que en el 3 de Infantería (donde revista uno de sus dos hijos varones, que es teniente) estaban armando un museo belgraniano; le escribí al jefe, haciendo una reseña histórica de la pieza y él me invitó a entregarla allí.

"La ceremonia tuvo carácter privado, ignoro quién la explotó políticamente". La pregunta tenía una segura respuesta: Avalos, sin duda. Sus relaciones con Onganía y con los mandos eran tan frías como vacuas; el secretario de Guerra -igual que sus colegas de Marina y la Aeronáutica- fue designado a espaldas de esos mandos: para ellos sólo podía ser visto y tratado como un extranjero, como el emisario de un gobierno a quien deterioraba el progresivo desvinculamiento de ese gobierno y las Fuerzas Armadas. Retirado en 1952, reincorporado en 1955 y vuelto a retirar en 1956, Avalos se dedicó a prósperas actividades comerciales: al regresar al ámbito castrense, otro era el ejército que le tocaba encabezar.

Ya dispuesto a renunciar, Avalos estimó que su salida arrastraría la del comandante si el gobierno se atrevía a practicar la Ley del Talión.

Onganía, por su parte, se llamó a silencio; las promociones y pases de fin de año ocupaban su atención y un nuevo secretario puede obstaculizar los planes del comandante.